



Cuando cae el telón principia la obra: en memoria de Orlando Fals Borda

*Gabriel Restrepo**

Resumen

Este ensayo retoma, ampliándolo considerablemente para la Revista *Espacio Abierto* el concepto emitido para la consideración de Orlando Fals Borda a la candidatura de Doctor Honoris Causa de la Universidad de Antioquia, que se le otorgó el 11 de noviembre 2005 y el ensayo con fundamento en ese concepto publicado en la *Revista Colombiana de Sociología* en el año 2006.

Palabras clave: Sociología colombiana, Fals Borda, compromiso intelectual, teoría y práctica de la acción transformadora.

When the Curtain Falls, the Play Begins: in Memory of Orlando Fals Borda

Abstract

This essay, considerably amplified for the Journal *Espacio Abierto*, takes up once more the concept set forth for considering Orlando Fals Borda as a candidate for Doctor *Honoris Causa* at the University of Antioquia, title bestowed on him on November 11, 2005, and the essay based on that concept published in the *Colombian Journal of Sociology* [*Revista Colombiana de Sociología*] in 2006.

Key words: Colombian sociology, Fals Borda, intellectual commitment, theory and practice of transforming action.

* Universidad Nacional de Colombia. Bogotá. Correo electrónico: garestre@cable.net.co

Agradezco a *Espacio Abierto* la invitación a trazar una semblanza de Orlando Fals Borda. Una invitación que aprecio mucho porque como oriundo de Mompox el pensador colombiano se situaba en el arco estético de esa gran nación del Caribe que comprende la costa colombiana, la de Venezuela y aún la del norte de Brasil: un conjunto signado por la mayoría de población afrodescendiente, por tanto por la santería, la vida vivida como un carnaval permanente y en clave musical. Una nación por supuesto sin fronteras políticas porque está animada por el *ethos* hospitalario que describiera el fundador de la sociología en Colombia como rasgo existencial del habitar en el Caribe.

Esta dimensión estética de la existencia es evidente como atributo de nuestra nación vecina. No sólo por el estereotipo de las reinas de belleza, no desdeñable pese a todo, sino porque quien haya pisado el palacio de Miraflores o quien haya repasado la historia del país hermano de Colombia, encontrará que la vida política y social se representa como una puesta en escena.

Y esta metáfora del teatro es apropiada para hilvanar el comienzo de estas reflexiones y para justificar el título del ensayo: porque a diferencia del teatro, en el cual la caída del telón significa el fin de las máscaras, en la vida el cierre de la obra, la muerte, permite con la caída de la persona la revelación de su vida y obra. En efecto, el concepto de persona en su etimología significa máscara para resonar. La muerte entraña el fin de las representaciones sociales, digamos en lenguaje sociológico de las distintas posiciones y papeles sociales que encarna un individuo en el teatro social: con el retiro de estos velos sociales se llega a comprender más allá de sus funciones parciales, el sentido entero de la obra y vida de quien los portara.

Ha muerto Orlando y con él se sella mucho más de un siglo de la sociología colombiana. La media centuria de la sociología académica (1959-2009) que se conmemorará el año venidero, fue signada en Colombia por una figura profética como pocas. Pero como se argumentará adelante, con la muerte de Orlando y de su esposa, María Cristina Salazar (2006), se devela el sentido entero de la sociología colombiana, el cual halla en dos momentos cruciales, 1852 y 1882 dos precedentes fundamentales: el primero, *Peregrinación en pos de Omega*, de Manuel Ancízar, publicado en el primer año y el segundo el *Discurso Inaugural de la Sociología* pronunciado por Salvador Camacho Roldán el 10 de diciembre de 1882, día que se ha constituido por ello en conmemoración de la sociología colombiana.

De seguro se habrá tomado algún registro del rostro de Orlando en el féretro. Si no hay mascarilla, por lo menos existen fotografías. Por mi parte pude desentrañar al contemplarlo en la velación los sentidos de una sonrisa tan enigmática como la de la Monalisa. Su cara era en efecto algo así como un oxímoron, una unión de contrarios. Siempre aparecía presente una infinita alegría, bondad y esperanza junto a una inagotable tristeza. Quien conozca la

obra de Orlando Fals Borda hallará las resonancias del espíritu profético hebreo: una indeclinable esperanza en la redención de las deudas, una confianza absoluta en el cumplimiento de la idea jubilar de la justicia, pero al mismo tiempo una conciencia trágica en torno a la dura realidad de un mundo cifrado en la existencia del mal, cuya expresión encarnan el abuso del poder y la humillación de los humildes.

Al contemplar su faz en el fin de la historia de Fals como expresión aquilataada de su existencia fue imposible evitar la referencia al pensamiento de Levinas relativo a ver a Dios en el rostro del otro. Tal pensamiento se potenciaba en este caso no sólo porque la figura del fundador de la sociología develaba esa exigencia de la promesa de justicia tan radical del antiguo testamento, sino porque Orlando coincidió con la teología de liberación en el sentido de dar rostro, y por tanto voz, mirada y escucha, a una multitud que desaparecía en el anonimato al que la forzara el discurso del poder desde el requerimiento español de la Conquista.

Las cenizas de Orlando Fals Borda, según su voluntad se depositarán en una parte en el mausoleo que con él y con el arquitecto Fernando Samper, sobrino de María Cristina Salazar, diseñáramos y construyéramos con ocasión del IX Congreso Nacional de Sociología en predios de la Universidad Nacional de Colombia, celebrado en Bogotá entre el 6 y el 10 de diciembre de 2006 para depositar las cenizas de la esposa de Orlando. Otras porciones de los restos serán dispersadas en diez sitios de la geografía de la pobreza. En ese diez de diciembre, día del sociólogo en Colombia en honor a la conferencia de Salvador Camacho Roldán, y con la presencia de Alain Touraine y de Michel Wieviorka, presidente de la Asociación Mundial de Sociología, junto a otros invitados internacionales, se llevaron las cenizas de María Cristina Salazar al mausoleo: asunto muy significativo porque María Cristina Salazar era bisnieta de Salvador Camacho Roldán.

El tema sin duda es escatológico y pertenece por ello al orden de lo sagrado. La construcción del monumento fue por tanto objeto de innumerables disputas. La primera, por obvias razones, provino del capellán de la iglesia construida en la Universidad. El cura por supuesto temía que un mausoleo erigido cerca del atrio de la Capilla rivalizara con el objeto de su culto. Es más, recelaba que dicho monumento fuera el precedente para que algún día se trasladaran a un paraje simétrico los restos de Camilo Torres Restrepo, el cura guerrillero, amigo de Orlando y de María Cristina y cofundador del Departamento de Sociología. Camilo Torres había sido en un tiempo capellán universitario. Y sin duda, el temor del cura era fundado, pues si algún día se levanta el secreto militar, el secreto de Estado o el secreto de familia, los restos del cura guerrillero deberían reposar como símbolo de paz y de reconciliación

muy cerca de donde yacen las cenizas de María Cristina Salazar y ahora de Orlando Fals Borda.

La escogencia del sitio fue muy deliberada por parte mía, responsable del asunto ya que fui coordinador del IX Congreso Nacional de Sociología. Para ello conté con la asesoría del pintor Gustavo Zalamea, con el consejo de Orlando Fals Borda, con el diseño del arquitecto Fernando Samper y con un estudio del lugar. El mausoleo se ubica a cinco metros de un campanario donado en 1958 por el Banco de la República en memoria de los estudiantes caídos en la lucha contra la dictadura del General Rojas Pinilla. Dicho campanario, como el Frente Nacional que entonces se inauguró, representaba una promesa de paz. Hemos de decir que esas campanas no han tañido desde entonces por una paz duradera.

Vencidas las oposiciones de la Iglesia gracias al apoyo de las autoridades universitarias, aún fue necesario doblegar las objeciones increíbles de los mismos colegas que argumentaban que el campus universitario fuera convertido en camposanto.

El tópico no es nada trivial. La denominada secularización del pensamiento desde la Ilustración ha entrañado un terrible error: la de creer que lo sagrado es competencia de las iglesias, un rezago de un pasado supersticioso que ha de ser superado por la victoria de la razón. No hay tal: ni lo sagrado, ni lo santo, ni lo demoníaco son categorías que se dejen reducir a la administración eclesiástica: pertenecen también al mundo de la vida y al mundo de los sistemas. Familias y comunidades viven del pasado como algo sacro, el presente como una lucha contra el mal, la existencia como un camino para librar la vida de la culpa y para hallar redención como sentido a la vida. El Estado a su vez proclama de distintas formas su constitución como algo sagrado, apoyándose para ello en los mitos fundadores o, como en el caso de Venezuela, en el traslado de los restos de Bolívar a Caracas. Las ideologías de izquierda o de derecha, sea mediante ideas de sacralidad de la revolución, sea como santificación del mercado intentan rapar la fuerza de lo religioso, que es a mi ver la organización social de la esperanza, para capturar energías sociales. Se equivocan de modo tremendo los Estados Unidos cuando luchan contra un fundamentalismo con otro, el del mercado y la tecnología, así sean seculares en apariencia, porque en el fondo proponen nuevos dioses odiosos.

Todo esto se puede demostrar con nuevas lecturas de la tragedia de Edipo Rey. Para ello, se requiere de un lector perspicaz que pueda ir más allá de las anteojeas de Freud. Al reducir la vida al origen y éste a la función sexual, el célebre pensador dejó por fuera otras dimensiones como la del abandono, la pobreza y el sujetamiento como formas radicales de constitución de la subjetividad y aún más: hizo caso omiso del papel del fin o de la muerte como factores que dan sentido a la vida por cuanto tocan el extremo de ella, aquello que Heidegger en *Ser y*

Tiempo concebía como temporalidad marcada por el ser para la muerte y determinante para que el sujeto tomara en sus manos la cura de su destino.

Edipo Rey no se puede pensar, contra la exégesis de Freud, sin *Edipo en Colona*. El rey que ha ordenado una investigación para descubrir a un criminal tiene la valentía de proseguir la investigación hasta el final, aún sabiendo que ésta lo inculpará. Asumiendo ya sin ojos su destino, pues sus ojos eran el signo de un no ver viendo demasiado, se vuelve, como Tiresias el adivino que, siendo ciego, veía. Si en la primera obra halló Edipo una encrucijada, un *trivium* como el cruce de tres vías, donde se fraguó sin su culpa su destino, en otra encrucijada, en *Edipo en Colona*, se resolverá la santidad de su destino como entregar su cuerpo depurado de culpa como salvaguarda de Atenas. Aquí encontramos la idea de un destino inmanente como un juego sagrado que se realiza en el laboratorio de cada vida por transformar el *Gift* entendido como veneno, en alemán, en *gift* como regalo o don en inglés.

Cada cual nace con una culpa o pecado original, no por predestinación divina, sino por el hecho elemental de hallarse en un mundo injusto, fundado en el imperio como un designio contranatural porque aparta con violencia a la especie humana de las otras y la divide hasta ahora irremediamente en dominantes o dominados, explotadores o explotados, sujetadores y sujetados.

No sabemos cuál haya sido el veneno o la culpa original terrena a la que haya debido enfrentarse Orlando Fals Borda. La modernidad burguesa entronizó una separación entre vida pública, vida privada y vida secreta. Ésta división tiene sus ventajas, si se considera que la vida privada y la vida secreta no tienen por qué afectar la vida pública. Pero también entraña una hipocresía que la humanidad termina pagando muy caro porque impide elaborar una conciencia lúcida de la doble condición constitutiva de la especie y de cada ser humano: el ser *sapiens*, pero a la vez *demens*. La más certera dilucidación de esta doble marca fue expresada en alguna entrevista por Deleuze cuando indicaba que su locura lo había salvado de la esquizofrenia propia de la sociedad contemporánea.

No sabemos cuáles hayan sido los modos de sublimación de Orlando para redimir sus males de nacimiento. Apenas los sospechamos, por ejemplo, en su identificación con Ester, el personaje bíblico, cuando trabajando para el Estado, es decir para lo que en Latinoamérica y en Colombia se simplifica con el término de "Palacio", Orlando puso como elocuente cita bíblica en *Campesinos de los Andes*: "No pienses en tu alma que escaparás en palacio del rey... porque si absolutamente callares en este tiempo, respiro y libertación surgirán de otra parte... ¿Quién sabe si para esta hora te han hecho llegar?" (Fals Borda, 1961: xvii).

Que esta identidad no sea algo pasajero en la vida de Orlando lo demuestra la fascinación con la cual describía las ambigüedades de lo masculino y de lo femenino en las danzas en honor de Ninah Thi en *Retorno a la Tierra* (Fals

Borda, 1986: 24 A) o el modo como rescata el papel de la mujer en la identidad de los pueblos caribes.

Lo que indicamos no tiene la intención de demostrar rasgos homosexuales de Orlando Fals Borda, lo cual no pasaría de ser una trivial anécdota. Lo importante es indicar que el gran pensador poseía lo que el psicoanalista Karl Jung llamó un *ánima* y por tanto una psique femenina. Una mediante la cual pudo ser el pionero de la dignificación de la mujer y por tanto de los estudios de género. Ello se aunaba por lo demás con una formidable conciencia estética, no sólo demostrada por su sensibilidad hacia el detalle y lo singular, sino por su vocación temprana por la música, pues fue organista de su iglesia y compositor de una bella cantata a Colombia. Su sentido musical lo abrió a una escucha de distintas voces, tanto que su obra en cuatro tomos, *Retorno a la Tierra*, es una expresión polifónica de la multitud Caribe. Esta *ánima* presente en Fals Borda, trasunto de su madre sin duda, ilumina y explica a su vez su rostro, que se entiende ahora mejor como el de un alma en pena, muy comprensible si se desarrolla la idea de que el arraigo de la Virgen del Carmen en nuestros países contiene una visión social de nuestra existencia como un terrible purgatorio.

La profecía contenida en el epígrafe de Ester de *Campesinos de los Andes* vino a ser autocumplida. Las esperanzas de reforma agraria se disolvieron a menos de un lustro de fundado el Frente Nacional y ello explica el drama colombiano y el giro radical de Camilo Torres Restrepo y la transformación de Fals Borda en su paso de académico y funcionario del Estado a desarrollar con enorme valentía una obra desde abajo y desde el margen.

Y si bien es cierto que los campesinos no han encontrado “respiro y liberación en otra parte”, como quería quien se pensaba destinado a ofrecer una transformación del campo, porque ella no ha venido ni de la guerrilla, ni mucho menos de los paramilitares, como tampoco del narcotráfico y menos de un Estado con poca sensibilidad al campo, en la conciencia nacional ya gana terreno la idea de que la necesaria refundación del contrato entre el estado y la nación ha de pasar por una transformación radical del campesinado: y en ello se juega el legado de Orlando Fals Borda. Su nuevo y definitivo retorno a la tierra a través de sus cenzizas significa que esa esperanza no puede dilatarse más de una década.

Orlando Fals Borda sin duda puede calificarse como el padre de la sociología colombiana. Intentaremos ponderar el sentido de esta paternidad ejercida en más de media centuria de dura brega teórica y práctica en el trabajo del pensamiento y la acción sociológica. Por ahora, digamos que tal paternidad hunde sus raíces en la reencarnación de tradiciones antiguas del pensamiento social colombiano, anteriores a la aparición de la disciplina académica.

Y en ello las afinidades de Orlando Fals Borda son radicales. Radical quiere decir afincarse en las raíces. Pero también fue el nombre de un partido co-

lombiano, el partido radical, que signó al país entre la Constitución de 1863 y la Regeneración de 1886.

La experiencia constitucional de Colombia puede resumirse en algunos momentos cruciales, expresados como dilemas. Surgimos como un estado neo-borbónico, afectado desde la declaración de Independencia por las tensiones entre el modelo centralista francés y el anhelo federalista de los Estados Unidos.

El federalismo se abrió paso muy lentamente y a contrapelo. Su idea fue formulada en un sentido más profundo por Florentino González, en su libro *Elementos de Ciencia Administrativa* (González, 1840). A cinco años de publicado el primer tomo de *La Democracia de América* de Alexis de Tocqueville, el colombiano asumió a partir de allí la carta de navegación de la descentralización y del primer liberalismo manchesteriano. Pero sólo fue a partir de la revolución de medio siglo cuando sus ideas encarnaron como orientación del Estado y sólo hasta la constitución de Rionegro de 1863 cuajaron como edificio constitucional.

Fundador de la tradición radical del mismo calibre que Florentino González fue Manuel Ancizar, cuyo libro *Peregrinación en pos de Omega*, publicado en 1852, se considera como el antecedente más lejano de la sociología. Manuel Ancizar fue secretario de la Comisión Corográfica, expedición de reconocimiento del país dirigida por el italiano Agustín Codazzi entre 1850 y 1859, quien había realizado la misma tarea años antes en Venezuela. El libro recogía las observaciones casi etnográficas del viaje de la Comisión por el nororiente colombiano, con una extraordinaria sensibilidad para describir la vida municipal en sus costumbres, educación, religión, moralidad, asuntos públicos y gobierno.

Este carácter itinerante, lo mismo que la vocación por las regiones, será retomado por Orlando Fals Borda, no sólo en su periplo por la costa Caribe desde 1970 a 1986, sino desde sus indagaciones sobre el campesinado de Boyacá y aún en la orientación académica del Departamento de Sociología, muy volcado hacia el trabajo de campo.

Manuel Ancizar fue por otra parte el mentor de la fundación en 1867 de la Universidad Nacional de Colombia, de la cual fue su segundo rector.

El segundo arquetipo que retomó Orlando Fals Borda fue el de Salvador Camacho Roldán. Este teórico del radicalismo pronunció una de las primeras lecciones de sociología, en la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional el día 10 de diciembre de 1882. En ella señalaba lo siguiente:

“el vínculo más fuerte de unidad de una nación es la comunidad del derecho y de la libertad individual: es la protección del gobierno dispensada a todos por igual para el más amplio desenvolvimiento de sus facultades personales; es la participación universal en la vida pública; es el sentimiento común de seguridad y libertad personales garantizadas por todos a favor de cada uno”.

En su conferencia, Salvador Camacho Roldán abogaba por los derechos civiles y sociales; restringía la intervención del ejército en la vida pública; consideraba que el mestizaje produciría beneficios sociales, propugnaba por la separación entre Estado e Iglesia.

La intervención de Salvador Camacho Roldán demostró ser una suerte de canto del cisne del radicalismo. Respondiendo a ella, Rafael Núñez anunciaba los fundamentos de la Regeneración, que se sellarían tres años más tarde con una batalla militar y cuatro años luego con la expedición de la Constitución de 1886.

Para retomar el hilo de los dilemas constitucionales, el país había pasado de un estado fetiche, el centralizado de modo borbónico que predominó de 1810 a 1850, a una nación casi sin estado como fue la del período radical comprendido entre 1863 y 1886. A su vez, esta constitución inició más de una centuria de un modelo de estado casi sin nación que duró desde entonces a 1991, cuando se abrió paso como un compromiso de paz un modelo que, en la idea, sólo en la idea, concilia el centralismo de Estado con la descentralización y con el reconocimiento de derechos sociales, partiendo de la admisión del carácter pluriétnico y multicultural de la nación.

Pero esta Constitución, de cuya constituyente formó parte Orlando Fals Borda, no cambió la correlación de fuerzas políticas, por lo cual, a casi dos décadas de expedida, significa muchas veces vino nuevo en odres viejos. En particular la política de Seguridad Democrática que encarna el presidente Álvaro Uribe ha significado en la práctica un revivir de la antigua Regeneración con la concentración de poderes en el Ejecutivo y la idea mesiánica de salvación por vía de la presidencia.

Es en este contexto donde la alianza de Orlando Fals Borda con María Cristina Salazar aparece con toda la fuerza de los arquetipos sagrados. Como bisnieta de Salvador Camacho Roldán, María Cristina Salazar contemplaba la sociedad más desde la nación que desde el Estado. Defensora de los derechos de la mujer, de los niños y de los derechos humanos, ella encarnaba literalmente la tradición del eminente radical.

Empleamos el concepto de alianza de las nociones de estructura de parentesco de Levy Strauss. Aquí empero esta alianza significa algo más que enlace carnal, una alianza simbólica. Provenientes de dos tradiciones religiosas, presbiteriana por parte de Orlando, muy católica por María Cristina, el matrimonio apareció más como el vínculo de presbítero célibe y monja de clausura de María Cristina, ambos dedicados a una misión de salvamento secular en la perspectiva de la teología de la liberación, cuyo nuncio había sido Camilo Torres Restrepo.

Es hora entonces de volver al concepto de padre de la sociología que hemos empleado para calificar la obra de Orlando Fals Borda.

El concepto de padre o de progenitor no es algo que se limite sólo a la transmisión biológica de los caracteres o de escritura genética en el transcurso de las generaciones. Esta herencia corresponde al orden del soma o de lo somático, de los cuerpos, del genoma. Pero así como hay una procreación biológica por el concurso de una alianza de lo diferente y opuesto (hombre y mujer) para engendrar un descendiente que es simil disímil de sus modelos, también en el orden del sema o de lo semántico, en el plano ya no del genoma, sino de la cultura, hay procreación. Soma y sema, cuerpo y significado, organismo y signos devenidos símbolos, biología y cultura: entre esas dos tensiones transcurre la evolución de naturaleza y sociedad. Entre una complejidad bionatural y una complejidad sociocultural se anuda el sentido del peregrinaje humano hacia lo desconocido. Se puede llevar esta analogía hasta donde se quiera: por ejemplo, así como hoy hay filiación sin acople físico de pareja, también asistimos en la actualidad a un engendramiento cultural no presencial, aleatorio, promiscuo, a distancia, global, heteróclito, porque no ocurre ni en socialización primaria por familia de corte clásico, ni por educación formal.

Esta analogía también se aplica en la modernidad al concepto de patria, como lugar llamado Estado donde los padres o mayores establecen una ley, hacen de la palabra un oficio público y del poder organizado como jerarquías una disputa reglada por constitución y leyes. Y si uno extendiera más allá la comparación, encontraría que a la patria correspondería, en relaciones complejas y no siempre simétricas, una suerte de *matria*, que si no se designa con este concepto que podría ser preciso, alude empero a la nación, al pueblo, a los *humus* y paisajes locales donde se anudan las costumbres y las convivialidades y donde la palabra ocurre como el habla de la madre, lengua de la nutrición, lengua de los afectos, expresión entrañable de las nanas y canciones.

Hoy en día esta analogía local y nacional también vale para un mundo en el cual el mito patriarcal (el discurso del poder) se resume como imperio, según la designación de Negri y Hardt (2001), o como biopoder, según el concepto de Foucault (2001, 1997). Su contraparte desde una perspectiva de género considerado en sentido amplio y en los parámetros de lo que podría llamarse un mito matricial (el discurso de la mujer como encarnación de los/as subyugados/as), puede denominarse como multitud. La conciliación de estos dos órdenes correspondería a lo que Edgard Morin ha llamado, en la visión de un utopia global, "la tierra - patria" (Morin, s.f). Es a esa tierra patria en donde se concilien lo mejor del mito patriarcal (el mito del estado) y del mito matricial (el mito del retorno a la casa mundial, a la ecumene y al *humus* en la justicia solidaria) a la cual apunta la obra de Or-

lando Fals Borda desde un enraizamiento en una región que para él ha sido una especie de Macondo, la que trabaja en *Historia Doble de la Costa* y a la que el designa como el Departamento o la Región del Río¹.

Que estas analogías de sexualidad y género sean verosímiles, lo dicen mitos de fundación de los estados modernos, esas narrativas para trazar significaciones comunes dentro de un territorio. Así, en los Estados Unidos, a los próceres se los llama *Founding Fathers*, padres fundadores. Así, en Colombia y en los países bolivarianos hablamos de los padres de la patria, según el mito de los tres huerfanitos (Simón Bolívar educado por Simón Rodríguez con el libreto de Jean Jacques Rousseau). Al primer mito corresponde el enunciado de un destino manifiesto; al segundo una especie de destino latente, fantasmal, críptico y laberíntico. El primero es continuo, perseverante, aditivo como se muestra en la literatura en el relato *Rip van der Winckle* de Washinton Irving o como se poetiza en *Cantos de Hierba* de Whitman; el segundo destino es fantasmal, propio de estados débiles en naciones y pueblos exuberantes; revela configuraciones legales y políticas impropias para acordarse con la heterogeneidad social y con la mega complejidad biogeográfica; es discontinuo, tortuoso, como se condensa en *Pedro Páramo* o en *Cien Años de Soledad*.

Esta procreación cultural también ocurre en las disciplinas. Newton es llamado el padre de la ciencia moderna. Darwin el de la evolución. Einstein el de la relatividad.

A nuestro nivel de casa nacional, ocurre otro tanto. En el caso de la sociología, se reconoce como antecedente lejano en la genealogía sociológica a Manuel Ancízar, por su obra *Peregrinación de Alpha*, el mismo que pasa por ser reconocido como ancestro de la psicología. Más cerca, figuran personajes como Salvador Camacho Roldán y Rafael Núñez.

Pero sin duda, la sociología moderna y profesional en Colombia responde de modo unívoco a un solo protagonista: Orlando Fals Borda. Es cierto que en el mismo año en el cual Orlando Fals fundó el Departamento de Sociología, de la Universidad Nacional, 1959, aparecieron instituciones académicas en la Universidad Javeriana y en la Universidad Pontificia Bolivariana, pero ninguna de éstas se fundó ni se sostuvo con la perspectiva profesional, académica y con

1 Para ésta, como para otras indicaciones bibliográficas y substantivas, remito al libro: Restrepo, Gabriel. 2002. *Peregrinación en pos de Omega. Sociología y Sociedad en Colombia*. Bogotá, El Malpensante y Universidad Nacional. También Restrepo, Gabriel y otros: *Saber y Poder. Socialización Política y Educativa de los Colombianos*. Bogotá, ICFES, Serie Investigación y evaluación educativa, tres tomos, números 11, 12 y 13.

la solidez de investigación que exhibió en su primer lustro el instituto académico fundado por Orlando Fals Borda, que también fuera un laboratorio para la integración de distintas disciplinas de las ciencias sociales: la antropología en primer lugar, la geografía, la historia y el trabajo social y que fuera decisivo para el nacimiento de líneas de investigación en violencia, género y familia, industria y trabajo, sociología urbana y rural, educación. Al mismo tiempo, Orlando Fals fue el padre de la Asociación Colombiana de Sociología, fundada en 1963, y organizador de tres congresos nacionales y uno latinoamericano en el primer lustro de la vida del Departamento de Sociología.

Es de todos modos muy significativo que Orlando Fals Borda se haya casado con María Cristina Salazar, ya que ella había propugnado por la creación de la sociología en la Universidad Pontificia Bolivariana, a la que estuvo vinculada en el Departamento de Trabajo Social, y también fue directa fundadora del Departamento de Sociología de la Universidad Javeriana. De este modo la alianza matrimonial reunía no sólo el legado sociológico sino también la fundación de la sociología académica.

Es cierto, por supuesto, que otros sociólogos y profesionales de las ciencias sociales contribuyeron al establecimiento de la sociología, como es el caso de Camilo Torres Restrepo (también cofundador de la Asociación Colombiana de Sociología), pero en éste el compromiso con la religión y ante todo con la política predominó en relación a su actividad académica, júzguese como se quiera su labor en el ámbito de la política.

Poco después del inicio de la sociología, Orlando Fals Borda publicaba uno de sus primeros libros: *Campesinos de los Andes*, producto de una investigación que había concluido seis años antes (Fals Borda, 1959). Si se exceptúan algunos precedentes debidos a la obra de Antonio García, aquel libro fue pionero en estudios sociológicos sobre el problema rural en Colombia, realizado con una combinación ejemplar de perspectivas geográficas, históricas, etnográficas y sociológicas. Fue una obra que puso el dedo en la llaga, como se dice o, en términos no coloquiales, que desnudó el mayor problema nacional, la tierra y el campesinado.

La obra de Orlando Fals Borda se enriqueció además en los primeros años del Frente Nacional por la esperanza que entonces se alentaba con la Alianza para el Progreso de una reforma agraria que propusiera soluciones a las ancestrales inequidades del campo, mucho tiempo antes denunciada por Alejandro López en el clásico libro *Problemas Colombianos*. No obstante, Colombia optó por un camino distinto al de México y de Corea del Sur, para poner dos ejemplos, en el tratamiento del problema rural, porque faltó peso a la burguesía (una muy pobre, por cierto), a los intelectuales (demasiado insulares y dependientes) y a un campesinado muy disperso, poco educado, heterogéneo y en estado de miseria para contrarrestar el poder de los herederos de enco-

miendas y haciendas, en un país que es muy conservador, en el peor de los sentidos de un concepto que es válido en muchas otras dimensiones. Todavía quedan como una constancia los planteamientos que a tenor de la tradición de Alejandro López y del mismo Antonio García propusiera el industrial Hernán Echavarría Olórzaga en aquella época y que recordara él mismo en la inauguración de la Cátedra Hernán Echavarría Olórzaga en Empresariado e Innovación de la Universidad de los Andes el 23 de septiembre del año 2003, los mismos que permiten comprender el drama de Fals Borda en aquella etapa, drama que hoy nos afecta a todos. Con argumentos tomados de Keynes, el industrial había propuesto en 1961 un gravamen a la tierra. Cifrabá en este impuesto – más que en una reforma agraria directa - una transformación de la orientación de las inversiones globales, porque con ello se evitaría la tendencia a mantener tierras improductivas como seguro de patrimonios. Con pesadumbre retrospectiva, Echavarría indicó que el asunto fue descartado por una férrea oposición de los terratenientes².

Ello explica muchos de los dramas del país en la mediana duración y permite comprender los dilemas de Orlando Fals Borda en 1961. Siendo Director Técnico del Ministerio de Agricultura cuando era dirigido por Otto Morales Benítez en el primer gobierno del Frente Nacional, el sociólogo animador del Departamento de Sociología hizo todo cuanto le era posible por acelerar la Reforma Agraria, pero los intereses de la clase dominante pronto pondrían un freno a cuanto significara alterar la estructura de la tierra.

Aunque quizás a Orlando Fals Borda le faltara por aquella época alguna perspicacia keynesiana o aún una dimensión fuerte de la intelección política del fenómeno del poder para comprender el problema de la inversión en la tierra como algo del orden estructural, no se puede decir que hubiera sido ingenuo en la esperanza de la reforma agraria. Sabía que había limitantes de poder, aunque quizás sobrevalorara los potenciales internos y externos de cambio. Su modesto pesimismo fue expresado de modo dramático y muy significativo en el epígrafe de *Campesinos de los Andes*, al que ya hemos aludido pero que consideramos necesario reiterar: es la admonición de Mardoqueo a Ester, una mujer que en el exilio (la figura de la mujer y del exilio en la esclavitud es muy significativa, como sugeriremos luego) no obstante ha accedido a una posición de poder:

2 Quien quiera examinar con mayor detenimiento los argumentos de Echavarría Olórzaga, puede consultar el discurso completo en la siguiente página electrónica: <http://administracion.uniandes.edu.co/homenaje/default.asp>

“No pienses en tu alma que escaparás en el palacio...Porque si absolutamente callares en ese tiempo, respiro y libertación surgirán de otra parte... ¿Quién sabe si para esta hora te han hecho llegar?” (Ester, XV: 14).

Con ello se prefiguraba de una forma muy elocuente aquel aluvión de violencias organizadas estatales, paraestatales y contra estatales que se incurbarían a mediados de los sesenta.

Anticipemos algo diciendo que la elección de esta figura, una mujer en el exilio y no obstante con alguna interlocución en el poder o en el Estado (El “Palacio”), representa, en términos de las metáforas que he utilizado, la encarnación figurada del intelectual como representante de la *matria* o de la Nación ante la patria o el Estado. Puede que esta comparación se reciba con alguna extrañeza por introducir una dimensión de género en una perspectiva de poder, pero además de la sugerencia hecha al comienzo, más adelante examinaré que posee un fundamento y éste resulta ser muy fecundo tanto para el análisis de los problemas del país, como para juzgar la trayectoria intelectual y vital de Orlando Fals Borda.

El problema de la tierra no ha hecho más que agravarse desde entonces. Según el mismo Echavarría Olórzaga, otra oportunidad se perdió por la época del Acuerdo de Chicoral, en 1973, que significó el reforzamiento de la inequidad en el acceso a la tierra. El país político ratificaba una vez más nuestra versión del camino prusiano de lenta transformación del campo con mantenimiento de estructuras arcaicas y autoritarias y alta concentración de la tierra, diferente al llamado por los clásicos del marxismo el camino democrático-burgués de rápida transformación mediante una redistribución de la propiedad o de los activos relacionados con el campo, hecho en Estados Unidos, México, Corea del Sur y en tantos otros países. En nuestro caso, dicho modelo fue el que enunciara ya en los años cincuentas Lauchlin Currie y se activara en la época del Acuerdo de Chicoral con el plan de gobierno *Las Cuatro Estrategias*: modificar de modo indirecto al campo favoreciendo la construcción urbana, canalizando ahorros e inversiones a la ciudad y fomentando la migración rápida del campo a la ciudad para estimular por la demanda urbana modificaciones progresivas en el campo, sin afectar de modo directo sus estructuras de producción o de poder.

Según Oswaldo Espinoza³, entre 1971 –época del acuerdo de Chicoral y el momento actual, el indicador Gini ha ascendido del ya alarmante 0.72 al

3 Funcionario del Departamento Nacional de Planeación, en la ponencia presentada el 16 de octubre en el simposio: “Conflicto y Desigualdades Socioespaciales”, en el marco del Seminario “Dimensiones Territoriales de la Guerra y la Paz”, organizado por la Red de Estudios de Espacio y Territorio de la Universidad Nacional en octubre del 2001.

0.98, un grado casi absoluto de inequidad, agravado sin duda también por el deterioro del papel del café como aglutinador de una clase media en el campo y por el efecto negativo de la apertura en el campo (en un mundo que mantiene subsidios agrícolas del orden de 600.000 millones de dólares), bajo la cual Colombia ha pasado de ser exportador de alimentos a importar ya mucho más de siete millones de toneladas.

En un estudio comparativo de nivel internacional, el lamentablemente fallecido Juan Luis Londoño estableció muy claramente el problema de América Latina y dentro de él de Colombia:

"Latinoamérica – dice- tiene un coeficiente Gini aproximadamente 15 puntos mayor que el promedio del resto de países del mundo. La mayor riqueza de recursos naturales y la más alta concentración de la tierra ayudan a explicar una parte no desdeñable del exceso de desigualdad" (Londoño, 1999: 81).

En fecha más reciente, el economista y político conservador Juan Camilo Restrepo, apoyado en estudios de la Universidad de los Andes, ha puesto de presente el problema:

"El desplazamiento puede estar generando una 'contrarreforma agraria' hacia una reconcentración de tierras en grandes proporciones. Estimaciones recientes sugieren que la tierra abandonada por desplazados en años recientes asciende a 4 millones de hectáreas, cifra que casi triplica la tierra redistribuida durante más de cuatro décadas de reformar agraria"⁴.

Por si algo faltara, el último informe mundial del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo revela el drama de la altísima inequidad de Colombia:

"...el país tiene uno de los más altos índices de inequidad en el mundo. Colombia ocupa el puesto número 11 por la mala distribución del ingreso, después de analizar los datos de 124 países"⁵.

A la luz de este drama, puede juzgarse la evolución de Orlando Fals Borda posterior a su decepción en torno a la vocación reformadora del Estado frente al problema de la tierra. Siguiendo la metáfora del epígrafe de *Campesinos de los Andes*, el equivalente de Mardoqueo y Esther habría de buscar fuera de "Palacio", en el *humus* de la tierra, "respiro y libertación".

Fue así como Orlando anunció primero su giro en dos libros de la segunda década de los sesentas: *La Subversión en Colombia* (1967) y *Ciencia Propia y Colonialismo Intelectual: los nuevos Rumbos* (1970). En ellos, consideraba

4 UN Periódico, número 80, domingo cuatro de septiembre, 2005: página 14.

5 El Tiempo, ocho de septiembre 2005, páginas uno y dos, sección primera.

dos temas que habían sido un tanto marginales en su primera etapa: el problema del poder político y el tema de las relaciones de las ciencias sociales con la sociedad. Si se le había reprochado a la ciencia social en el establecimiento fundado por Fals Borda en su primer lustro una concentración en problemas sociales focales con algún olvido o no consideración de fenómenos estructurales, aquí había una respuesta, sin olvidar que ya en dos publicaciones de 1962, dos clásicos de la sociología, *La violencia en Colombia* (Guzmán, 1963) y *La Familia en Colombia* (Gutiérrez de Pineda, 1963) se había abierto una línea que a la larga sería muy fecunda en la articulación de problemas macrosociales como el de la violencia y el poder, con fenómenos microsociales, como el de la familia y el género: una articulación explícita de estos dos niveles se produciría por primera vez en el libro de la Comisión de Científicos Sociales dedicado al tema de Superación de las Condiciones de Violencia, publicado en 1987 con la dirección de Gonzalo Sánchez, aunque, como sugeriremos, este vínculo ya había sido entretejido por Fals Borda en su *Historia Doble de la Costa* .

Por más de una década -desde 1968- , Orlando asumió una tenaz labor como investigador desde abajo – desde el horizonte de su Macondo, la región de los ríos, fuera de los espacios académicos, en una múltiple condición de etnógrafo en las raíces, sociólogo, geógrafo y cartógrafo, historiador que explora archivos nacionales y locales, indagador de la oralidad popular, escudriñador de relatos, canciones, mitos, leyendas, al mismo tiempo que urdía relaciones entre el discurso académico y el decir popular, entre la forma de expresión de las ciencias sociales y los modos de enunciar de la oralidad, la literatura, la música y las artes.

Ya con la investigación en marcha – una que quedó registrada por fortuna en sus primeros años en un libro sobre las raíces del nuevo tipo de investigación comprometida con el *humus* (Parra, 1983) - Orlando Fals Borda organizaría en 1977 un primer congreso de ciencias sociales, en el cual se presentaría en sociedad la que luego sería famosa IAP, Investigación Acción Participativa (Fals Borda, 1978). Veinte años después, lo que se había iniciado con un pequeño grupo, se había convertido en un movimiento mundial que celebraría sus dos décadas por todo lo alto, con presencia de investigadores sociales de todo el mundo y asistencia del entonces presidente de la Asociación Mundial de Sociología, Wallerstein y de una figura tan reconocida como Agnes Heller (Fals Borda, 1998).

Tal vez el mejor modo de describir la polifonía de *La Historia Doble de la Costa* (Carlos Valencia Editores, 1979-1986) sea recurriendo a Bajtin, el lingüista ruso célebre por sus estudios de carnaval (fenómeno al cual está asociada la epistemología de la IAP y la propia de Orlando Fals Borda): el discurso popular tal cual aparece en el carnaval y en la mentalidad popular está caracterizado por la heteroglosia, a diferencia del discurso del poder y con frecuencia el

discurso del saber que son del orden de la monoglosia. En el primero, diálogos plurales, multitud, heterogeneidad parlante, pueblo y nación y mujer, riqueza de deícticos o de indicativos de lugares, tiempos y personas. En el segundo, un saber y un poder hablan desde reducciones y abstracciones, con el tono del imperativo, con carácter homogéneo, con pérdida de contextos locales, con un narrador extradiegético.

En algún pasaje, Heidegger expresa que “la lengua de la madre es la madre de la lengua” (“Die Mund der Mutter ist die Mund der Sprache”). Quizás esta relación habría que traducirla mejor de la siguiente manera: “El habla de la madre es la madre de la lengua”. Porque a tenor de la distinción de Bajtin y con fundamento en la diferencia ya realizada por Saussure, el habla es el lenguaje vivo, mientras que la lengua es el habla hecha abstracción. Pues bien, lo que realiza Orlando Fals Borda en su monumental etnografía es un ejercicio de hallar las correspondencias entre el habla popular (el habla de niños, ancianos, mujeres, hombres de trabajo), con la lengua o con el lenguaje académico, para acercar en su doble columna (la columna académica y la columna narrativa), de modo que en estas traducciones el lenguaje académico no traicione sus fuentes y sirva además para la “devolución” del saber y los informantes sean a su vez informados, reformados, transformados por esa mediación intelectual.

Otro enorme aporte de *Historia Doble de la Costa* fue examinar el tema del género en las transformaciones sociales regionales. Esto es muy significativo, si se tiene en cuenta que por la época de la composición de esta monumental obra apenas daban sus primeros pasos en el tema los estudios de género, siguiendo es cierto las huellas marcadas por Virginia Gutiérrez de Pineda. No tengo tiempo para detenerme como quisiera en este aspecto: personajes como María Barilla, Ana Joaquina Tovia, Francisca Baptista, leyendas como la Ninha Thi, fenómenos como el travestismo o la homosexualidad merecerían un estudio especial. Baste decir que el fenómeno de la sexualidad fue abierto allí por Fals Borda para vincularlo a la reflexión sobre la familia y sus articulaciones con la organización del poder político y económico y con el ordenamiento cultural de una manera que no se había considerado hasta entonces.

Para quien repare muy bien lo que significan pensamientos y fechas, no es un azar el que la publicación de esta obra hubiera coincidido con muchos movimientos sociales (movimiento cultural, movimiento indígena, movimientos estudiantiles, movimientos de género, movimientos campesinos) en servir como trasfondo primero a la expedición del acto legislativo número uno de 1986 que a un siglo de la Constitución de 1886 girara de modo radical el gozne hacia la descentralización y, luego, con la expedición de la Constitución de 1991 que sellaría dicho cambio en el orden constitucional del país, reuniendo de una manera tensa principios liberales y principios sociales, en irresuelta tensión. Pero también, por desgracia, el período de publicación del libro, entre

1978 y 1984, coincidió con la aparición en grande del narcotráfico, del paramilitarismo y con el crecimiento de una guerrilla narcodependiente.

Fue este contexto el que llevó a una nueva etapa de Orlando Fals Borda, como siempre precedida de una especie de carta de navegación, esta vez con el libro *La Insurgencia de las Provincias. Hacia un Nuevo Ordenamiento Territorial para Colombia*, libro sin fecha de edición, pero en todo caso próximo a la Constitución de 1991 (Fals, s.f.). Después de este libro, han seguido otros - que no podemos reseñar aquí - que han girado en torno a un tema que desde hace dos décadas es muy dominante en el pensamiento de las ciencias sociales: el espacio como fundamento de la acción social.

Quisiera concluir esta memoria con algunas reflexiones de orden más bien personal y anecdótico. Conocí tal vez a Orlando Fals Borda de un modo muy fugaz cuando consultaba mi decisión de seguir sociología. Había tenido la oportunidad entonces, en el año de 1965, de iniciar los estudios de Ciencia Política en la Universidad de los Andes, por el ofrecimiento de una beca que nos hiciera Fernando Cepeda a Fernando Urrea y a mí. Ambos decidimos seguir sociología. No lo volví a ver sino hasta el cuarto congreso nacional de sociología, realizado en 1979 en Bogotá, que organizamos con Gonzalo Cataño luego de muchos años de dispersión de la comunidad sociológica. El encuentro fue amable, pero con algunas distancias, porque yo había participado en un movimiento estudiantil que había contribuido al no retorno de Orlando Fals Borda a la Universidad Nacional. Dicho movimiento estudiantil, como yo lo admitía en un escrito de la época, que ahora integra mi libro *Peregrinación en pos de Omega*, había sido injusto con el pionero. Era irónico que el inclasificable Orlando Fals Borda hubiera sido tachado por nosotros en el movimiento estudiantil como imperialista y justo una década después fuera acusado de comunista por el Estado. Hicimos las paces personales, pero aún el Departamento de Sociología mantenía una obstinada hostilidad hacia su fundador. Participé luego en no pocos homenajes y reconocimientos a Orlando, algunos promovidos por mí, no menos de cinco. Elaboré tres reseñas sobre dos libros suyos y en el libro de *Peregrinación en pos de Omega* es visible la impronta de Fals Borda. Y luego fui responsable de un acercamiento entre Orlando, ya vinculado al Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional y el Departamento de Sociología, para que volviera al recinto fundado por él. Fue así como tuve la oportunidad de participar en una clase que organizó en el segundo semestre de 1999. Por entonces, yo trabajaba en el proyecto ParticipArte una modalidad de la IAP que llamé Investigación Acción Participativa y Expresiva (IAPE): de modo que por vueltas de la vida vine a asistir por primera vez a la clase del maestro idespués de 30 años de haber podido ser su alumno, si los dramas del país no se hubieran interpuesto!

Luego realicé mi mejor esfuerzo con ocasión del IX Congreso Nacional de Sociología cuando la Universidad Nacional le otorgó el Doctorado Honoris Causa en diciembre de 2006, junto a Alain Touraine.

De Orlando Fals Borda recibí uno de los dos mejores homenajes de mis dos grandes maestros. El primero, Darío Mesa, de talante más bien teórico, pero de alcance universal, decía a colegas de mí que poseía una "humildad arrogante". Sin duda, no era un elogio pero terminé por tomarlo como tal. Esa humildad arrogante es, visto desde ahora, la misma que ostentaba Orlando Fals Borda en cuanto sabía que encarnaba con orgullo la causa de los humildes. Ahora bien, supe por amigos que Orlando Fals Borda decía tan sólo hace un año de mí que "era un poco díscolo". Viniendo la expresión de quien encarnó la rebeldía como función de la vida, estimo el reproche como uno de mis mejores galardones. El motivo tal vez fuera que siempre me resistí a seguir la causa política de Orlando porque sin despreciar el compromiso social, constante a través de mi vida, he renunciado a cualquier partido político. Aspirar a ser maestro y pensador es mi único objetivo de vida.

En cualquier caso y para cerrar este ensayo, la alianza simbolizada por la relación entre Orlando Fals Borda y María Cristina Salazar es múltiple: la sociología no profesional y la sociología académica, el pasado y el presente de la sociología, la religión y la ciencia, el pensamiento y la sensibilidad en lo que denominó "el sentipensamiento".

Dicha alianza se erige como arquetipo y aún como mito inevitable de lo que sin duda será la nueva alianza que más temprano que tarde se propondrá entre el Estado y la Nación.

Referencias bibliográficas

- FALS BORDA, O. (1961) **Campesinos de los Andes**. Bogotá: Iqueima.
- FALS B. O. (1967) **La Subversión en Colombia: Visión del Cambio social en la Historia**. Bogotá, Universidad Nacional, Departamento de Sociología y Ed. Tercer Mundo, Abril, 297 P. (Serie Monografías Sociológicas, No. 24).
- FALS BORDA, O. y otros (1978) **Crítica y política en Ciencias sociales. El debate teoría y práctica**. Bogotá, Punta de Lanza, dos tomos.
- FALS B. O. (1987) **Ciencia Propia y Colonialismo Intelectual: los nuevos Rumbos**. Bogotá, Carlos Valencia Editores, 1987), tercera edición, sustancialmente actualizada y aumentada, del libro publicado en su primera versión, 1970, por Editorial Nuestro Tiempo.
- FALS BORDA, O. y otros (s.f.) **La Insurgencia de las Provincias. Hacia un Nuevo Ordenamiento Territorial para Colombia**. Bogotá, UN-Siglo XXI.
- FALS BORDA, O., Compilador y Autor (1998) **Participacion Popular: Retos del Futuro. Peoples Participation. Chalenges Ahead**. Bogotá, Tercer Mundo.
- FOUCAULT, M. (2001, 1977) **Defender la sociedad**. México: Fondo de Cultura Económica.

- GONZÁLEZ, F. (1840) **Elementos de Ciencia Administrativa**. Bogotá: Imprenta Cualla.
- GUTIÉRREZ DE PINEDA, V. (1963) **La Familia en Colombia**. Bogotá, Universidad Nacional y Editorial Iqueima.
- GUZMÁN CAMPOS, G. y otros. 1963 (1962) **La Violencia en Colombia**. Bogotá: Ediciones Tercer Mundo.
- LONDOÑO, J.L. (1999) "Educación, desigualdad y crecimiento. ¿Qué aprender de América Latina?". En: **Educación y Cultura** (FECODE). Bogotá, número 50, agosto.
- MORIN, E. (s.f.) **Tierra-Patria**. Buenos Aires: Nueva Visión.
- NEGRI, T. y HARDT, M. (2001) **Imperio**. Bogotá: Desde abajo.
- PARRA, E. (1983) **La investigación Acción en la Costa Atlántica. Evaluación de la Rosca, 1972-1974**. Cali: Funcop.